

CAPÍTULO XX

*El Jueves y Viernes Santo en la Edad Antigua,
principalmente en lo que respecta á la memoria de la
institución del Santísimo Sacramento.*

SUMARIO

247. Ciudad.—**248.** Casa.—**249.** Aposento.—**250.** Hora en que fué instituido el Misterio de la Eucaristía.—**251.** Quiénes eran el que llevaba el cántaro de agua y el padre de familias de que habla Nuestro Señor Jesucristo?—**252.** Preparación para la institución de este divino Sacramento. Pormenores.—**253.** Cena legal.—**254.** Lavatorio de los pies.—**255.** Institución de la Eucaristía.—**256.** La distribuyó también á Judas?—**257.** Himno eucarístico.—**258.** Conmemoración que hizo la Iglesia primitiva del Misterio de la Eucaristía.—Observaciones preliminares.—**259.** Ritos y ceremonias para celebrar su aniversario.—**260.** Misas que se celebraban en este día.—**261.** Hora de su celebración.—**262.** Comunión general.—**263.** Monumento.—**264.** Viernes Santo.—**265.** Comunión en este día y en el Sábado Santo.—**266.** Observación.

Ligeramente dejamos bosquejada en el capítulo anterior la fiesta especial que en honor de la Augustísima Eucaristía tenía lugar en la Edad Antigua; pero en el presente reseñaremos con más detención la solemnidad del Jueves Santo y todo cuanto servía para su mayor esplendor, quedando formada de esta manera una completa narración de la festividad antigua del Santísimo Sacramento.

Mas porque algunas particularidades curiosas referentes á la institución del mismo Misterio darán bello realce á nuestra historia, ha convenido insertarlas en este lugar, como de introducción al actual asunto.

Al conocer los discípulos del Salvador el vehemente deseo que su Maestro tenía de celebrar la cena legal, le interrogaron de esta manera: «¿Dónde quieres que dispongamos la Pascua?» (1) á lo que respondió el divino Señor: «Id á la ciudad y luego que entréis en ella, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa donde entrare y luego diréis al padre de familias de la casa: El Maestro te dice. ¿Dónde está el aposento en que tengo que comer la Pascua con mis discípulos? Id, y os mostrará una grande sala aderezada, disponedla allí». Discurren los autores cuál sería esa ciudad, esa casa, cuál el aposento, á que hora se instituiría el Santísimo Sacramento y quiénes serían el hombre que llevaba un cántaro de agua y el padre de familias. Preguntas son éstas á las que procuraremos dar solución en cuanto se pueda.

247. La ciudad de que habla el Salvador, es Jerusalén. Sabido es que el Señor, después de su entrada triunfante en esta ciudad, enseñaba la nueva ley en ella durante el día, y regresaba á Betania, con objeto de tomar descanso.

No había por aquellos contornos un pueblo tan inmenso como Jerusalén, por cuya razón la apellidaban ciudad por antonomasia. Además; á Jerusalén afluían los hebreos para celebrar el convite Pascual, y allí mismo era donde debería convenir el Señor, quien venía á cumplir la ley, tanto más, cuanto que á la dicha ciudad debía ir el Salvador la misma noche de la institución, á fin de incoar su Pasión sagrada. Conformes con nuestra aserción están la Ven. Madre Ágreda (2), Benedicto XIV (3) y la opinión general del Cristianismo.

248. La casa donde se celebraron por vez primera los

(1) S. Mateo, cap. 26 y S. Lucas XXII.

(2) Mística ciudad de Dios, Parte II, lib. 6, cap. 10, n.º 1157.

(3) De festis, cap. 6, n.º 3.

divinos Misterios es la que nosotros llamamos *Cenáculo*, que posteriormente fué convertida en iglesia denominada de Sión, porque está situada en el monte de dicho nombre. Nada habló el Salvador á sus discípulos acerca de quién sería esta casa. Lo que positivamente observaron éstos después de haberla visto es que era suficientemente capaz para cuanto necesitaban, y que debería ser de algún sujeto bastante acomodado, pues á más de poseer los utensilios necesarios para celebrar la Pascua, tenía ricos adornos en los aposentos y servicio de la casa.

249. Dícese que el salón donde fué instituído el Santísimo Sacramento era una grande pieza (1) rectangular, dispuesta con mucha elegancia, cual convenía á la solemnidad que debía llevarse á cabo, pues como asegura la Ven. Madre Ágreda (2), aunque el dueño de la casa ignoraba por entonces el bello Sacramento que iba á instituírse, no obstante fué movido por particular inspiración del Señor á que profusamente la engalanase y dispusiese.

250. Fácilmente podemos conjeturar la hora de la institución, si atendemos á que el divino Salvador quiso practicar la cena legal, según estaba prescripto en el Exodo (3) y acostumbraban á celebrar los hebreos. En dicho libro se dice que «los hijos de Israel inmolarán el Cordero *ad vesperam*», esto es, á la caída de la tarde, lo cual quedó confirmado con las palabras de S. Mateo (4), quien, hablando sobre esta misma cuestión, asegura que al llegar la tarde, Jesucristo sentóse á la mesa con sus discípulos; de suerte que cerca de la puesta del sol, ó una vez puesto, tuvo lugar la cena legal; y el tiempo que medió entre la cena común, el lavatorio de los pies y las exhortaciones que el Señor hizo á los apóstoles, podemos hacerlo subir á una hora ú hora y media, por cuya razón la institución del Santísimo Sacramento, tendría efecto cerca de las ocho. Que fuese enteramente de noche dicha institución, lo confirman el apóstol

(1) Maldonado, in Matheum, cap. 26.

(2) Loc. cit.

(3) Cap. 12, v. 6.

(4) Cap. 26, v. 20.

S. Pablo (1), al decir *in qua nocte tradebatur accepit panem, etc...* Santo Tomás en el himno de vísperas de la fiesta del Corpus, cuando añade: *In supremæ nocte Cænæ*; S. Buenaventura (2) y el Concilio de Trento (3) en la sesión 22.

251. Veamos ahora, quiénes eran el que llevaba el cántaro de agua y el padre de familias de la casa. Algunos han pretendido que ambos individuos fuesen uno solo, expresado por dos diferentes oficios. Mas esta opinión es insostenible, por cuanto S. Marcos claramente expresa que los discípulos del Señor siguieron primero al que llevaba el cántaro, y luego, al entrar en la casa del convite, preguntaron al padre de familias: «Dónde está el aposento en que tenemos que comer la Pascua?» Ahora bien; si ambos sujetos fueran uno mismo; ¿por qué no les mandó Jesucristo Nuestro Señor que, al encontrar al que llevaba el agua preguntasen lo que deseaba á Él, y no al padre de familias, según era el modo más ordinario y razonable? Aquí lo que se da á entender es, que el padre de familias era el Señor de la casa, y el individuo que conducía el cántaro sería sin duda su criado. Así lo afirma Alápide (4), al observar que un hombre rico como el padre de familias, á que alude el texto evangélico, no iría á traer agua por no serle decente. La Ven. Ágreda (5) es del mismo sentir.

Pero, respecto á quién sería el padre de familias, la cuestión queda por resolver. Unos quieren sea el mismo S. Juan Evangelista; otros que un tal Juan Marco; quienes resuelven que la Casa-Cenáculo era de Alfeo, de María y Santiago el menor, todos tres parientes; mas todas estas opiniones carecen de sólido fundamento, porque respecto á S. Juan, ¿cómo es posible, argumenta Benedicto XIV, (6) que el Maestro fuese tan poco familiar con S. Juan, que em-

(1) I. ad Cor., cap. XI, v. 23.

(2) Meditaciones de la vida de Cristo, cap. 73.

(3) De sacrif. Missæ, cap. I.

(4) In 26 Math.

(5) Loc. cit.

(6) Loc. cit. n.º 3.

please tantos rodeos para obtener su casa? Pero ¿cómo se explica, añado, que Jesús mandase al Discípulo amado para que dijese aquellas palabras al padre de familias si en realidad éste era S. Juan? Calmet (1) desecha la segunda opinión por verla destituida de fundamento; y en cuanto á que la casa fuese de Alfeo y demás parientes, tampoco se puede aceptar, por la razón que aducimos para la opinión primera.

Sólo podemos aceptar ó afirmar, respecto á esta cuestión, que el referido padre de familias era «un vecino de Jerusalén, hombre rico, principal y devoto del Salvador, y de los que habían creído en su doctrina y milagros», según aseguran la Ven. Ágreda (2) y Maldonado (3), el cual añade que era discípulo oculto del Señor, al modo que lo eran José de Arimatea y Nicodemus. Á nosotros nos parece probabilísima, cuando no cierta esta opinión, pues se deduce de las palabras del Evangelista, al expresar á los discípulos procuradores: «Diréis al padre de familias: El Maestro dice, etc.», expresiones que revelan que el padre de familias se había adherido á la doctrina de Jesús y que por tanto era su discípulo. S. Buenaventura (4) llega á decir que era su amigo.

252. Expone la Ven. Madre citada (5) que el amantísimo Salvador llevó consigo á la Virgen Santísima y á las santas mujeres que la acompañaban, y las destinó una celda en la casa del Cenáculo, á fin de que fuesen testigos de los Misterios que iban á obrarse.

253. Llegada la hora de incoar la cena legal, se recostaron el Redentor y sus discípulos sobre una mesa ó tarima que se alzaba sobre el suelo unos seis ó siete dedos (6). S. Buenaventura atestigua que la referida mesa se conserva en la iglesia Lateranense de Roma, que es de madera, y tiene dos codos y un palmo cuadrados, según él mismo tuvo el gusto de verla.

- (1) In cap. 26 Math.
- (2) Loc. cit.
- (3) In Math., cap. 26.
- (4) Part. 2.^a, lib. 6, cap. X.
- (5) Id., cap. XI.
- (6) Loc. cit.

Ésta era la costumbre de los judíos, como atestiguan las Sagradas Escrituras antiguas y lo confirman los historiadores de las costumbres hebraicas. Así es como la santa mujer, que describe el evangelio, pudo decentemente lavar los pies del Señor. Las opiniones que aseguran que el divino Jesús comió la cena legal al modo nuestro, son destituidas de todo fundamento (1).

254. Terminada la cena legal, en la que comieron el Cordero figurativo, según la práctica hebrea, pasó el Salvador á lavar los pies á sus discípulos, según unos autores, y á tomar la cena común, según otros. Suárez (2) pretende que hubo dos cenas, á más de la eucarística, y que después de la primera lavó los pies de los discípulos, para lo cual aduce el texto de S. Juan (3): *Et cæna facta*. Y acabada la cena; palabras, dice él, que se refieren á la cena legal. Mas Alápide (4) y Maldonado (5) aun cuando conceden que tuvieron lugar las tres cenas, la legal, la común y la eucarística, niegan que el lavatorio fuese antes de la cena común, sino inmediatamente antes de la institución de la Eucaristía. Empero lo más seguido y cierto es que hubiese tan sólo dos cenas, la legal y la Eucarística, y en este sentir están Santo Tomás, (6) S. Buenaventura (6) y la Ven. Ágreda. El primero dice expresamente en el himno de maitines del Corpus: *Post agnum tipicum, expletis epulis, corpus Dominicum, etc.* Después que comieron el Cordero pascual, les dió á comer su Cuerpo. Además, Jesucristo no fué á la casa-cenáculo á tomar la cena ordinaria, sino á celebrar la tradicional de la Pascua, y después de ésta quiso instituir el Divino Sacramento; y aun cuando los evangelistas digan: *Cœnantibus (7) illis, accepit panem, etc.*, palabras que los defensores de las tres cenas explican, mientras tomaba la

- (1) Benedic XIV. De festis. cap. 6, n.º 29.
- (2) In 3 pars.
- (3) Cap. 13, v. 2.
- (4) In Math., cap. 26, v. 26.
- (5) Ad ídem, cap. 13, n.º 2.
- (6) Loc. cit.
- (7) Math., cap. 26, v. 26.

«cena común»; mas, ¿quién osará afirmar que el Redentor mezcló el acto sagrado de la institución Eucarística con el de la cena vulgar? Las palabras del evangelio citadas se deben entender, sin violentarlas, que el Salvador, con motivo de la cena legal, celebró el Misterio de su santísimo Cuerpo y Sangre: luego de todos modos, el lavatorio tuvo lugar, poco antes de la Institución eucarística. De paso advierto que los discípulos del Señor habían lavado su cuerpo antes de ponerse á comer la pascua, según acostumbraban á ponerlo en práctica todos los hebreos; pero faltaba que sus pies fuesen de nuevo lavados por motivo del polvo del camino. S. Buenaventura enseña que el lavatorio se hizo en otra sala de la parte inferior de la casa, según atestigua la tradición.

No es nuestro objeto reseñar aquí el acto del lavatorio que practicó Nuestro adorable Redentor para darnos ejemplo de humildad y avisarnos que tenemos necesidad de purificarnos hasta de las culpas veniales, figuradas por el polvo de los pies, para poder recibir dignamente el celestial Sacramento: sino pasar adelante y narrar el sublime acto de la Institución.

255. Asegura la Ven. Ágreda que, acabado el lavatorio, mandó S. D. Majestad preparar otra mesa más alta y cubrirla con el paño rico que para el efecto le prestara el dueño de la casa, colocando encima un plato de mucha capacidad para contener los panes, y una copa con el vino conveniente. Esta opinión que, no por ser de la autora citada, es probable, sino por ser más conforme con el tremendo acto que se practicaba, y sobre cuyo punto callan los demás autores, pareciendo aún que se adhieren á ella, soy de parecer que es fundadísima, por la razón que aduce la Ven. Madre, á saber: que la Iglesia siguió siempre practicando esta acción del modo que ella creyó que su divino Maestro la había ejecutado; pues han declarado los Pontífices y santos Padres que en cosas de tanta monta y de que quizá no se tenga noticia cierta, la Iglesia practica lo mismo y de la propia manera que el Señor lo practicó porque lo recibió,

ó inmediatamente de Él, ó mediante los apóstoles, que no la pudieron engañar.

256. Estando, pues, sentados el Señor y los apóstoles á la mesa, explicó el primero lo que iba á verificarse y les regaló con palabras dulces y amorosas, según dicen S. Buenaventura y la Ven. Madre. Á continuación, celebróse la institución del inefable Sacramento, que dejamos explicada suficientemente en el primer Tratado. Jesucristo N. S. dió su santísimo Cuerpo y Sangre á Judas, como afirma la opinión común, apoyada en el sentir de los santos Padres, doctores, escritores ascéticos y revelaciones particulares; aunque, según expone la Ven. Madre, el arcángel S. Gabriel le arrancó invisiblemente las sagradas Especies de la boca y las colocó en el lugar de los demás.

257. Respecto al himno que recitaron los copartícipes de la cena, en acción de gracias por tanto beneficio, unos dicen que fué un himno particular, dispuesto para el caso; otros que sería el salmo *In exitu Israel de Egipto*; en suma: discrepan mucho los autores sobre esta cuestión, aunque lo cierto es que fué un hacimiento de gracias.

258. No podía por menos de celebrar la Iglesia de los antiguos tiempos, con aparato magnífico, el inmortal día de la institución del más hermoso de los Sacramentos. Nuestros ritos, nuestras ceremonias, nuestro espléndido aparato de brillantes luces, de aromático incienso, de ornamentos ricos, de armoniosas campanas y numeroso clero, no son más que la elocuente expresión de aquellos tiempos de sólido Catolicismo en que la Iglesia, desplegando sus más pingües galas, las arrojaba delante de la sagrada Hostia, á fin de tributarla los honores soberanos á que estaba por justicia obligada. No existía en aquellos siglos la fiesta del Corpus, y así era preciso de todo punto que en los aniversarios de la institución de tan admirable Misterio, ejecutara la Iglesia lo que ahora practica en aquella fiesta. Efectivamente, por el transcurso del presente capítulo observaremos el trabajo que se tomaba y la alegría que dominaba á los primitivos fieles en tan memorable día.